



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinaria
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 2, pp. 19-42 - ISSN 2027-5528

Medio ambiente y metas normativas de desarrollo en Bolivia. Una mirada crítica desde la filosofía política

Environment and Normative Goals of Development en Bolivia.
A Critical View from Political Philosophy

Hugo Celso Felipe Alberto Mansilla Ferret d'Arau
Academia de Ciencias de Bolivia
Academia Norteamericana de la Lengua Española
Real Academia Española

**HARE
D**
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Medio ambiente y metas normativas de desarrollo en Bolivia.

Una mirada crítica desde la filosofía política

Hugo Celso Felipe Alberto Mansilla Ferret
d'Arau

Academia Norteamericana de la Lengua
Española, Academia de Ciencias de Bolivia,
Real Academia Española

Escritor y profesor. Estudió ciencias políticas y filosofía en la Universidad Libre de Berlín, donde obtuvo en 1973 el doctorado en filosofía magna cum laude y en 1976 la concesión de la venia legendi (habilitación para cátedra titular de ciencias políticas para el sistema universitario alemán).

Ha sido catedrático en la Universidad Libre; la Universidad Mayor de San Andrés, en La Paz; la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), programa de La Paz; y profesor invitado en distintas universidades latinoamericanas.

Es miembro correspondiente de la Real Academia Española desde 1987, miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Academia Boliviana de la Lengua. Ha sido catedrático visitante en universidades de Alemania, Australia, España, Suiza y Nigeria.

Correo electrónico: hcf_mansilla@yahoo.com

Resumen

La filosofía podría salir de la irrelevancia cultural si fructificase su dimensión reflexiva mediante la colaboración con las ciencias sociales e históricas de nuestro tiempo. Una posibilidad de este tipo estaría representada por un análisis interdisciplinario de la situación del medio ambiente y su íntima imbricación con las metas normativas de desarrollo en los países de América Latina. La modernización acelerada (con sus componentes: urbanización,

industrialización, alto nivel de vida y consumismo masivo) y la construcción de un aparato estatal vigoroso y eficiente, constituyen las metas normativas que aún hoy moldean la mentalidad predominante en Bolivia y en gran parte del Tercer Mundo. Estas metas normativas son imitaciones mediocres de lo alcanzado por la civilización occidental. La falta de una visión crítica acerca de la situación ecológica y de los fenómenos demográficos impide una efectiva protección de los ecosistemas amenazados.

Palabras clave: demografía, ecología, metas normativas, modernidad, principio de responsabilidad.

Environment and Normative Goals of Development en Bolivia. A Critical View from Political Philosophy

Abstract

Philosophy could surpass cultural irrelevance if it could fructify its reflective dimension through the collaboration with the social and historical sciences of our time. One possibility of this type is represented by a multidisciplinary analysis of the actual environmental situation in Latin American countries and its close relationship with the normative goals of development in that area. The accelerated modernization (with its components: urbanization, industrialization, high living level, massive consumption) and the construction of a strong and efficient state structure build the normative goals, which till today shape the prevailing mentality in Bolivia and to some extent in the whole of the Third World. These normative goals are imitations of that which western civilization has achieved. The lack of a critical vision concerning the environmental situation and demographic phenomena avoids an effective protection of the endangered environmental systems.

Keywords: demography, ecology, normative goals, modernity, responsibility principle.

La escasa relevancia intelectual y política de la filosofía en la actualidad tiene que ver, entre muchos otros factores, con la inclinación de los jóvenes profesionales de esta disciplina a acatar modas perniciosas, como el postmodernismo en todas sus variantes, y a consagrarse a temáticas demasiado especializadas y también ya muy trilladas. Entre estas últimas se halla la tendencia a estudiar minuciosamente a autores como la trilogía sagrada Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger y Michel Foucault. La filosofía contemporánea ganaría en importancia pública si se dedicara a seguir el ejemplo de Aristóteles de fructificar la reflexión crítica mediante una colaboración con las ciencias sociales de nuestro tiempo. Así se podría vislumbrar la necesidad de examinar detenidamente y con talante interdisciplinario algunos problemas decisivos de la actualidad, entre los que se encuentran la situación del medio ambiente y su íntima imbricación con las metas normativas de desarrollo en los países de América Latina.

Algunos detalles de esta temática se pueden aclarar mencionando fenómenos recurrentes en la región andina. Al lado de la grandiosidad del paisaje de las altas montañas se halla la chatura de la obra humana: la majestuosa cordillera como telón de fondo y la basura plástica anunciando la proximidad de los asentamientos urbanos. Lo más grave reside en el hecho de que nadie es consciente de este reino de la fealdad: ni los movimientos sociales, ni los partidos políticos, ni los intelectuales progresistas. La mayoría de los bolivianos, independientemente de su origen geográfico, social o étnico, es rutinaria y convencional en su vida cotidiana y en sus valores de orientación, pero no es conservacionista en la acepción ecológica: no cuida de manera conveniente y efectiva los vulnerables suelos y paisajes y más bien se consagra a destruir la naturaleza. Casi todos los grupos sociales contribuyen, a veces sin sospecharlo, a una verdadera catástrofe medio-ambiental. Tratan, por ejemplo, de ensanchar la frontera agrícola incendiando el manto vegetal en las regiones tropicales, lo que significa según ellos llevar el progreso a la selva. En 2019, poco antes de la terminación del régimen populista en Bolivia, hubo un inmenso incendio de una parte de la Amazonía boliviana. Ardieron por lo menos cinco millones de hectáreas. A casi nadie le importó. Ningún partido de izquierda, ningún intelectual indianista, ninguna organización indigenista y ninguna representación de intereses campesinos mostró indignación o inició una leve protesta por este fenómeno, inducido por la mano del Hombre para ampliar la frontera agrícola. El resultado

general que se puede constatar empíricamente en Bolivia es deplorable: bosques incendiados, superficies taladas, terrenos erosionados. En una palabra: la muerte de la naturaleza rondando a cada paso. Prósperos empresarios y trabajadores modestos son por igual responsables de este desastre. ¿Desastre? En el fondo todos están contentos – salvo algunos cultivadores marginales afectados directamente por el incendio y alguna gente sensible en los centros urbanos –, pues ahora el terreno puede ser utilizado de manera mucho más rentable y fácil. En todas partes una superficie desboscada por el fuego es económicamente mucho más valiosa que una cubierta aún por la incómoda selva.

En el caso específico de los suelos tropicales y subtropicales se puede aseverar lo siguiente. En Perú y Bolivia hay que mencionar a los campesinos consagrados al cultivo de la coca y a la elaboración de cocaína, los cuales coadyuvan en gran escala a la expansión de la frontera agrícola¹. Otros sectores, como los colonizadores, los agricultores, los ganaderos, los trabajadores de subsistencia (Gudynas, 2001, pp.95-106) y los buscadores de oro y minerales valiosos en ríos tropicales, hacen también su parte en la reducción de las arboledas en las tierras bajas. En suma: es difícil encontrar un sector social que no preste su ayuda a la progresiva eliminación de los bosques tropicales.

La crisis ecológica también toca a los colonizadores provenientes de tierras altas que tratan de encontrar una nueva existencia en las zonas húmedas de la Amazonía. Los suelos tropicales son altamente vulnerables por contener generalmente una capa de *humus* muy delgada y frágil, que se deteriora de manera irremisible después de que se destruye la cubierta vegetal original². Ante el agotamiento relativamente rápido de la productividad de los suelos tropicales y el surgimiento de superficies erosionadas, los colonizadores están obligados a buscar constantemente nuevas áreas de cultivo y a ampliar sin cesar la frontera agrícola. Este grupo social tiene una capacidad de ahorro muy limitada. Su alta movilidad geográfica no es favorable al surgimiento de comunidades estables. Esto repercute negativamente sobre el nivel educacional de las generaciones jóvenes. Pero lo más relevante es que los colonizadores, mediante su sistema itinerante de cultivos, socavan y destruyen la propia base de su existencia

¹ Sanabria, 1993. Muchas de las referencias bibliográficas representan los primeros o muy tempranos testimonios publicados sobre la temática respectiva.

² Little; Horowitz; Endre (comps.), 1987; Hecht y Cockburn, 1989; y el testimonio muy temprano de Terrazas Urquidi, 1973, pp.62-68 (cap. II/4: “El mito de las tierras feraces”).

futura. En este caso, la crisis ecológica genera una situación dramática de descomposición social a largo plazo.

Por todo ello en el campo de la protección de la naturaleza es indispensable plantearse una serie de cuestiones con un nuevo marco conceptual de referencia, pues nuestras categorías filosófico-históricas, culturales y políticas provienen sustancialmente del siglo XIX, cuando la situación de los recursos y de la configuración natural del mundo era fundamentalmente distinta. Ideologías anarquistas, teorías marxistas, credos liberales y hasta visiones conservadoras partían de la presunción de que había recursos naturales ilimitados y tierras vacías en abundancia a nivel planetario; se suponía igualmente que la capacidad de la naturaleza de soportar enormes cargas de contaminantes y de autorregenerarse era sencillamente irrestricta. Es más: estos asuntos no fueron puestos sobre el tapete de la discusión científica o pública, ni tematizados por los grandes pensadores, ni mencionados siquiera por los programas de los partidos políticos, porque de modo obvio y unánime se contaba (y aún se cuenta) con una naturaleza difícil, pero pródiga: si un recurso se acababa en un lugar o un suelo se empobrecía, había que trasladarse al lugar siguiente o emigrar a los gigantescos continentes despoblados. Pero a casi nadie se le ocurrió que los seres humanos socavan lenta pero seguramente la base natural de su existencia misma y que la industrialización de todas las naciones y el incremento del nivel de consumo podrían significar un colapso ecológico planetario a mediano plazo.

La gran mayoría de la humanidad sigue creyendo que las fuentes de materias primas son casi inagotables, que el espacio disponible sobre el planeta es casi ilimitado, que la capacidad de autorregeneración del aire es incalculable. La gente normal tiene una imagen del mundo con límites geográficos y naturales abiertos, con espacios vacíos y selvas tropicales de suelos ubérrimos que esperan ser utilizadas. El ciudadano corriente supone, además, que en casos graves algunas intervenciones periféricas de las autoridades y de los técnicos serán más que suficientes para paliar la crisis medio-ambiental.

La situación es lamentablemente muy complicada a causa de la acción combinada, cumulativa y multiplicadora de varios factores como la explosión demográfica, la urbanización de tasas exponenciales, la destrucción de los bosques tropicales, la extinción de la biodiversidad, la desertificación de dilatadas superficies y la contaminación de la atmósfera

y de las aguas, para mencionar sólo problemas preocupantes en Bolivia³. Es improbable que los más grandes adelantos tecnológicos lleguen a brindar una solución adecuada a este panorama, y si lo logran, el resultado sería de todas maneras un mundo de hacinamiento, privaciones y estrecheces.

Los razonamientos que legitiman el *triángulo mágico de crecimiento, progreso y desarrollo* – inmensamente popular en una gama amplísima de corrientes político-ideológicas – pasa por alto la probabilidad de que el desarrollo económico, técnico y hasta científico se convierta en algo autónomo, es decir exento del control social y de la opinión pública. Algunos factores – como la superficie terráquea, el tamaño físico del centro histórico de las ciudades, los monumentos culturales, el volumen de aire a disposición, los parques y reservas naturales – son *per se* estáticos. Otros, como la producción de alimentos, los servicios sociales y educativos, crecerán en una proporción mucho menor con respecto a la tasa de incremento demográfico. Un tercer grupo de factores, finalmente, exhibirá una tendencia regresiva: los recursos naturales no renovables, la calidad general de la vida, las áreas verdes y la fauna salvaje tenderán a disminuir indefectiblemente.

Es probable que el mundo del futuro deje atrás las utopías negras de *Evgeni Zamjatin*, *Aldous Huxley* y *George Orwell*. No habrá diferencias entre el campo y la ciudad, pues las inmensas metrópolis del futuro serán irremediamente provincianas en su cultura y rurales por el origen de sus enormes masas de habitantes, reducidas a un nivel civilizatorio primitivo, y la campiña será sólo el suelo de una agro-industria interminable. Pero aun sin los extremos de las distopías literarias, la conjunción de varios elementos como la explosión demográfica, el ansia permanente de progreso material y los desarreglos ecológicos, engendrará un mundo terrible por su uniformidad y aglomeración. Las peculiaridades nacionales, los paisajes aún libres de los beneficios del progreso, las selvas vírgenes y las montañas despobladas serán las víctimas seguras de la inexorable expansión humana. En vista de la presión demográfica no habrá más remedio que “abrir” los últimos bosques tropicales y “civilizar” los desiertos restantes para dar cabida a los nuevos sectores poblacionales⁴. La suerte de los aborígenes en

³ Wöhlcke, 1987, (sobre el problema más grave, la tala de los bosques tropicales, p.35); Wöhlcke, 1990; Adams, 1990.

⁴ El excelente artículo (que no ha perdido vigencia) de Kohlhepp, 1991, pp.87-109; también: Viola, 1992, pp.139-

el Amazonas y de su cultura en el siglo XXI está ya echada: serán exterminados o por empresarios capitalistas o por tecnócratas socialistas.

Las grandes ciudades, sobre todo en el Tercer Mundo, serán aglomeraciones inhumanas, sinónimos de hacinamiento y penurias, con servicios públicos cercanos al colapso y con una administración municipal sencillamente impotente ante la magnitud de los problemas que se presentarán. Sus habitantes perderán buena parte del tiempo en trasladarse de un lado al otro, cubriendo enormes distancias desde la casa al puesto de trabajo, o en esfuerzos agotadores para obtener bienes de consumo cada vez más escasos; sus pocos momentos libres los dedicarán a trámites engorrosos ante funcionarios ineptos, malhumorados y corruptos. Todo contacto directo con la naturaleza se habrá transformado en un lujo asequible a pocos privilegiados. En suma: será una sociedad donde predominen las masas alienadas y no el individuo consciente. El escenario de sobrepoblación, crisis generalizada del medio ambiente y reglamentación casi totalitaria es la consecuencia lógica de esas nobles manías de terminar con la “heterogeneidad estructural” (como lo postuló durante décadas la *Teoría latinoamericana de la Dependencia*), de nivelar los estilos de vida, de brindar a todos los “beneficios” de la cultura urbana, de equiparar los ingresos, la educación y las pautas de comportamiento y de aniquilar las diferentes tradiciones desarrolladas a lo largo de complejos procesos históricos. Todo esto concuerda con la lógica del “mundo administrado”, como lo describió *Max Horkheimer*, donde nos transformaremos en laboriosas hormigas y perderemos hasta el recuerdo de un mundo mejor (1970, pp.19-20, 29).

Para evitar precisamente este horroroso escenario, la humanidad tendría que tomar ahora mismo severas medidas en los terrenos de la demografía y la ecología y no dedicarse a manifiestos y conferencias que sólo sirven para tranquilizar la consciencia de los poderosos⁵. Pero debo admitir que todo argumento razonable en pro del control del incremento demográfico no tiene, lamentablemente, muchas oportunidades realistas de ser considerado en serio en dilatadas regiones del Tercer Mundo. Elementos del subconsciente – imágenes de connotaciones sexuales – se entremezclan con ideas normativas tradicionales (como las defendidas irracionalmente por la Iglesia Católica) y con intereses político-económicos de

155.

⁵ El ilustrativo artículo de Guimarães, 1992, pp.86-103.

corto aliento, que creen ver en el crecimiento poblacional la solución de muchos problemas de desarrollo y que parten ingenua, pero comprensiblemente, de la presunción de que una evolución bien lograda está indefectiblemente ligada a lo grande y poderoso. Así, por ejemplo, muchos empresarios privados son favorables al crecimiento económico acelerado porque creen que las reivindicaciones obreras pueden ser satisfechas sin tocar la sustancia del producto social. No pocos empresarios comparten plenamente la opinión de los ideólogos izquierdistas de que una población mayor representa un mercado interno virtual de dimensiones apreciables.

Sobre todo, los programas de contención demográfica, les parece a todos estos sectores algo excepcionalmente perverso. Hasta hoy, pese a los avances del feminismo, hay algo de machismo encubierto y de fantasías eróticas elementales en torno a la absoluta bondad del crecimiento biológico. Esto se expresa en la negativa a considerar como necesarias a largo plazo las medidas de limitación del incremento poblacional. En ello se puede encontrar un vigoroso residuo de un catolicismo elemental, pero aún vigente.

Por ello intercalo aquí un recuerdo personal. A partir de febrero de 1975 empecé a publicar textos sobre asuntos ecológicos y demográficos. Entonces existía en Bolivia un solo suplemento cultural en los periódicos, que era *Presencia Literaria* en el seno del cotidiano *Presencia*, el más importante del país, propiedad de la Iglesia Católica. En *Presencia* aparecieron en total 111 ensayos míos. Sin embargo y pese a repetidos esfuerzos nunca pude publicar allí mis artículos que se referían, aunque sea de manera muy indirecta, a cuestiones demográficas. Mis gestiones me llevaron a conversaciones con el director del suplemento cultural, Monseñor Juan Quirós, un destacado especialista en temas de historia literaria, y con los redactores de la planta principal del periódico, que eran personas de ideas izquierdistas. Todo fue inútil: la Divina Providencia, por un lado, y el desarrollo justo de los pueblos, por otro, no debían ni podían aceptar las constricciones propuestas por intelectuales desalmados que no creían en la santidad de la vida.

Tempranamente se pudo constatar en Bolivia una vigorosa campaña contra toda reflexión crítica en torno al crecimiento demográfico, que estaba encubierta por una ideología que se decía partidaria de los valores más altos y nobles del ser humano: el amor a la vida, a la familia y a la maternidad. El fundador y jefe del Partido Demócrata-Cristiano, Remo Di

Natale, afirmó en 1964 que la sobrepoblación no era ni nunca sería un problema para América Latina y Bolivia debido a la bajísima densidad de la población. La densidad poblacional de Israel debía ser determinante para el Nuevo Mundo, y según este parámetro Argentina debía tener por lo menos trescientos millones de habitantes. Habría que saludar “jubilosamente” la explosión demográfica, pues el horizonte histórico sólo brindaba esperanza a las naciones gigantes, y la primera condición para convertirse en un país gigante era poseer una población enorme (1964, pp.23-24). Ese mismo año Arturo Urquidí, el notable sociólogo marxista y redactor de la ley de Reforma Agraria, exhortó a superar el pesimismo y aseveró que el crecimiento demográfico acelerado es siempre un impulso al desarrollo económico y un arma contra el colonialismo (1964, p.14). En marzo de 1975 el episcopado boliviano, mediante una carta abierta que encantó a los izquierdistas de toda laya, declaró que todo intento de controlar el crecimiento demográfico se debía a la “intención egoísta” de las organizaciones internacionales para legitimar su propósito de dominio mundial. En octubre de 1976 el cardenal Clemente Maurer, arzobispo de Chuquisaca, escribió al Presidente Hugo Banzer y le dijo que gobernaría sobre un país “débil y despoblado” si aceptaba cualquier programa de regulación de la natalidad (1976, p.3). En abril de 1983 un sacerdote católico, Hermann Artale, incitó a los bolivianos a “saltar como serpientes” sobre aquel que se pronunciara a favor de cualquier control del crecimiento demográfico y a morderlo “sin piedad” (1983, p.3). A riesgo de aburrir a los oyentes menciono *in extenso* estas ideas porque las tendencias izquierdistas han sostenido y sostienen aún opiniones doctrinarias muy similares. Entre las novelas, los relatos y las películas más populares del país – consideradas además como parte irrenunciable del patrimonio cultural de la nación – se hallan aquellas en las cuales se censura amargamente todo proyecto de planificación familiar y todo intento de reducir el número de hijos en los matrimonios jóvenes⁶. En el fondo las corrientes progresistas exhiben su naturaleza conservadora al promocionar las familias numerosas y al ensalzar a las mujeres que paren muchos hijos como un aporte valioso y patriótico a la lucha contra el imperialismo. Bajo Stalin la constelación era semejante en la antigua Unión Soviética.

Aludo a estos testimonios para señalar cuán difícil ha sido y es toda discusión sobre la limitación del incremento poblacional y cómo estas concepciones están enraizadas en el

⁶ Todos los lugares comunes de esta posición están concentrados en: Fucaraccio et al., 1973, *passim*.

imaginario colectivo. Yo sé que el tema es tedioso, pero sirve para mostrar la persistencia de una misma mentalidad hasta hoy. En lo relativo a la protección del medio ambiente la situación es similar porque las metas normativas de desarrollo de casi todas las líneas políticas prescriben un crecimiento económico acelerado, que no debería ser limitado por innecesarias preocupaciones ecologistas, propias de sociedades ricas y decadentes. En la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano (Estocolmo 1972), Galo Plaza, entonces Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA) y ex-presidente del Ecuador (por el Partido Liberal), afirmó que las medidas de protección al medio ambiente representarían “un lujo” para los países latinoamericanos, los que tendrían proyectos de desarrollo más serios para llevar a cabo (1972, p.3). Enfatizo esta frase porque casi todas las corrientes políticas se han identificado hasta hoy con estas palabras.

La utilización y distribución de recursos necesariamente limitados por el carácter finito del planeta sería más fácil, generosa y humana si el número de habitantes no aumenta, o, mejor aún, si tiende a disminuir. Muchísimos problemas sociales, políticos y económicos de nuestra era desaparecerían o perderían su virulencia si la magnitud numérica de los grupos involucrados fuese más reducida. Gran parte de las dificultades del mundo contemporáneo proviene del hecho de que casi todos queremos adquirir o alcanzar los mismos recursos, bienes, satisfacciones, empleos y honores, que forman en su totalidad una masa restringida. Si proseguimos con las pautas momentáneas de crecimiento, no nos encontraremos con la condición prevista por *Karl Marx* para los comienzos del socialismo (redistribución de una gran riqueza social acumulada durante el capitalismo), sino con la situación, contra la cual él nos previno cuando la revolución adviene antes de tiempo: la mera repartición de la miseria (Marx y Engels, 1852, t. XXVIII, p.116).

Pero hay que ir más allá: la gravedad del problema, como lo han percibido, por ejemplo, el *Club de Roma* y otras instituciones realmente serias, exige una revolución global de las actitudes: hay que terminar con la producción en masa, con la sociedad de consumo y con el “sueño americano” para todos los habitantes de la Tierra, y consagrarse a una economía del ahorro y no una del crecimiento⁷. Por otra parte, parece que la opinión extraordinariamente

⁷ Entre muchos testimonios los escritos que no perdieron vigencia: Gudynas, 1994b, pp.50-53; Gudynas, 1994a, pp.24-26.

popular de que América Latina es un continente casi despoblado y con un inmenso potencial en riquezas de todo tipo, pertenece más bien a la categoría de los mitos colectivos y no de los conocimientos científicos, aunque precisamente por tratarse de una leyenda compartida por pobres y ricos, obreros y empresarios, intelectuales y analfabetos, tiene asegurada su aceptación general. La imagen del despoblamiento de América Latina surgió en las bibliotecas y aulas universitarias, cuando intelectuales que habían leído asiduamente los clásicos, hicieron comparaciones mecanicistas entre la densidad demográfica de Bolivia e Israel o entre la de Patagonia y Dinamarca.

Los ingenieros agrónomos, no los políticos ni los intelectuales, conocen las dificultades y los riesgos de la “apertura” y “explotación” de las tierras tropicales. Estas tienen una capa muy delgada de *humus* vegetal, proclive a ser erosionada a los pocos años de quitado el manto protector de los grandes árboles; en un lapso breve de tiempo las cosechas se vuelven pobres y los suelos se transforman irreversiblemente en un arenal. La obligación, en un futuro ya muy próximo, de cultivar todas las tierras disponibles bajo un régimen casi industrial, dando poco reposo a los suelos y utilizando generosamente herbicidas, plaguicidas, insecticidas, abonos y nutrientes sintéticos, llevará indudablemente a multiplicar la producción de desechos y residuos difícilmente biodegradables, a empobrecer las tierras arables, al atrofiamiento de su base biológica y a causar a largo plazo desequilibrios ecológicos irreversibles.

Para redondear mi argumento: creo que la gravedad de la situación a mediano y largo plazo, dependiente de la conjunción del crecimiento demográfico con una utilización abusiva de nuestros fundamentos y recursos naturales, no es comprendida en toda su magnitud e intensidad ni por los círculos políticos hoy prevalecientes ni por los intelectuales que podrían influir sobre la opinión pública. Como los síntomas actuales son de un empeoramiento progresivo, pero no dramático, de las condiciones ecológicas, existe el peligro de que los gobiernos y las grandes instituciones supranacionales implementen medidas serias para salvaguardar el medio ambiente cuando ya sea demasiado tarde. Los factores tiempo, irreversibilidad, acumulación cuantitativa de hechos que repentinamente originan una nueva

calidad, representan lamentablemente elementos de juicio que están fuera del pensamiento pragmático, utilitario y mediocre que predomina en nuestro planeta⁸.

Estos argumentos y, en general, los postulados pro-ecológicos apuntan a un plano racional, mientras que las ansias de crecimiento y progreso materiales tienen que ver primordialmente con el nivel preconsciente y emotivo de la mentalidad colectiva. Ninguna sociedad renunciará a edificar instalaciones industriales que brinden trabajo, ingresos y adelantamiento económico si alguien demuestra que a largo plazo ellas conllevarán daños para los nietos. Primero viene la satisfacción de los anhelos urgentes y de los profundos, mucho después la reflexión sobre las consecuencias de nuestros actos. Además, poquísimas personas están (y estarán) dispuestas a poner en cuestión las bondades aparentes de la industrialización, la agricultura intensiva y la modernización, pues estas actividades encarnan los esfuerzos sistemáticos y los éxitos indiscutibles de varias generaciones. Al hombre normal no se le pasa por la cabeza que las labores más esmeradas y tecnificadas de buena parte de la humanidad vayan a ser en el futuro las causantes de estragos irreparables. En este contexto es interesante escuchar una voz de Etiopía, proveniente del periodo anterior de la revolución socialista en aquel territorio (1974-1991): “Los profetas de la catástrofe afirman que tanto la estructura de la población como el crecimiento potencial de África constituyen una amenaza para la prosperidad general del mundo y un obstáculo para el desarrollo de los países africanos [...]. En África no podemos permitirnos considerar como un problema el crecimiento de nuestra población. Tenemos que hacer frente al desafío que para nosotros entraña la necesidad de hacer que nuestros pueblos jóvenes y expectantes participen en el esfuerzo por alcanzar lo más rápidamente posible el desarrollo” (Bekele, 1974, p.45).

Nadie va a impugnar el impulso ético que está contenido en este mensaje, pero no hay que pasar por alto su tenor sintomáticamente irracional. En primer lugar, la argumentación carece de una consciencia crítica de problemas: si efectivamente hay o no hay un problema demográfico en África, debe ser el resultado de un buen análisis, pero no el punto acrítico de partida. En segundo lugar, no se puede contestar a un planteamiento lógico y basado

⁸ La conjunción de muchas variables con secuencias temporales diferentes ha sido analizada de modo pionero por el *Club de Roma*. por ejemplo: Mesarovic y Pestel, 1975, pp.1-17; también uno de los primeros estudios sobre esta temática: Ward y Dubos, 1973.

empíricamente mediante frases que revelan sólo buenas intenciones. Hay que hacer el esfuerzo de permanecer en el mismo plano racional y responder mostrando dónde están específicamente las falacias de los argumentos contrarios. En lo que podríamos llamar la *opinión pública popular* existe la tendencia generalizada a suponer que se refuta fácil y patrióticamente los enunciados científico-empíricos de los ecologistas por medio de declaraciones ideológicas, manifiestos revolucionarios, ilusiones sobre el porvenir e invenciones místico-teológicas. Por todo ello es imprescindible aseverar que en cuestiones ecológicas y demográficas no hay que sucumbir a las apelaciones democráticas contenidas en los programas populistas, socialistas y afines, por más duro que esto suene.

Se puede argüir, evidentemente, que la situación ha cambiado bastante en América Latina en los últimos años, expandiéndose una razonable simpatía y comprensión en torno a asuntos medio-ambientales, que alcanza a funcionarios de las administraciones públicas, empresarios privados, periodistas, universitarios y líderes de movimientos indigenistas⁹. Pero en el ámbito sindical, en círculos populistas, en partidos de las izquierdas convencionales y en el campo nacionalista ha sido preservada una ideología simplista que ha hecho del progreso acelerado una nueva fe secular, que ve en los planteamientos de los ecologistas el enemigo principal. Como toda doctrina prerracional, este credo relativamente dogmático está basado en emociones, prejuicios y anhelos vehementes. En cuanto a popularidad, resistencia, energía y voluntad se refiere, estos credos seculares son infinitamente más eficaces que cualquier argumento racional.

El desenvolvimiento económico acelerado es, sin duda alguna, el objetivo central y prioritario de los regímenes más diferentes entre sí. Esta es la *meta normativa* que aún hoy moldea la dimensión de la mentalidad predominante en Bolivia y en gran parte del Tercer Mundo: la modernización acelerada (con sus componentes: urbanización, industrialización, alto nivel de vida y consumismo masivo) y la construcción de un aparato estatal fuerte, eficiente y altamente burocrático. Pese a todas las pretensiones de autenticidad cultural, dignidad social, soberanía nacional e identidad histórica – y otros conceptos altisonantes, pero vacíos de contenido real, tan propagados por corrientes progresistas, populistas, socialistas e

⁹ Sobre la *consciencia ambiental* en América Latina el número monográfico, dedicado esta temática, de *Contribuciones*, 1993; Gudynas, 1988, pp.3-17; Primer Encuentro, 1989.

indianistas –, estas metas normativas son imitaciones de lo alcanzado por la civilización occidental. Estas pautas generales son las que prevalecen todavía en la llamada opinión pública popular. Es lo mismo que le ha pasado en América Latina a la *Teoría de la Dependencia*: ha sido totalmente derrotada y hasta olvidada en el campo académico (parcialmente por sus mismos autores y divulgadores), pero se ha transformado en un elemento central de la mitología y el imaginario populares. Es allí donde los argumentos científicos retroceden ante los anhelos del preconsciente, los prejuicios convencionales, las apelaciones a un futuro aparentemente brillante y ante los elementos emotivos¹⁰.

Todos los estudios serios de los últimos años han mostrado *cuán cerca* estamos de una catástrofe ecológica de consecuencias imprevisibles para el porvenir del género humano y *cuán reducida* es la posibilidad de proseguir con el actual despilfarro de recursos naturales y con las sobrecargas de los ecosistemas. Se trata de un serio dilema filosófico. El ser humano malgasta en proporciones inauditas las riquezas no renovables y explota muy deficientemente las que es posible renovar. El deterioro del medio ambiente llegará lenta pero irreversiblemente a un límite a causa del incremento exponencial de la polución de los ecosistemas, límite marcado por la capacidad de autorregeneración de los mismos. No hay que excluir, por otra parte, futuros conflictos entre las naciones debido al intento de asegurarse medios cada vez más escasos. En el horizonte a largo plazo surgen también como riesgos la dilatación de una burocracia coercitiva y la lucha anómica de todos contra todos¹¹.

Si la humanidad no cambia el ritmo y la dirección de su evolución histórica actual, no se vislumbran posibilidades de eludir un cataclismo ecológico-demográfico. Ni siquiera el ambientalismo neoliberal ha aportado un esbozo de solución a esta problemática, puesto que sus valores rectores están predeterminados por la presunta positividad liminar del crecimiento económico, del progreso material incesante y del principio del rendimiento y lucro. Tendríamos que cambiar nuestras ideas y anhelos fundamentales sobre el progreso y las metas principales de desarrollo, lo que es prácticamente irrealizable. El progreso, en realidad, ha provisto a los hombres de los instrumentos más refinados para su propia destrucción. El mito

¹⁰ Para una crítica emotiva e ilusoria al *Club de Roma* Furtado, 1974, pp.17-36; Herrera, Scolnik et al., 1977, passim.

¹¹ Sobre esta temática cf. Waldmann, 2006, passim; UNESCO, 1971, pp.4-5; también Passmore, 1978.

del perfeccionamiento socio-político sirve de pretexto para usar estos medios hasta los extremos más abominables. Antes de que sea demasiado tarde, tenemos que adoptar una actitud eminentemente crítica ante el principio de rendimiento y rentabilidad, ante el teorema de la necesidad del crecimiento económico ilimitado, ante la ideología de la obligatoriedad de la elevación del nivel de vida y ante la fascinación ejercida por el incremento de la productividad. Esto significa poner en cuestionamiento tanto los valores propugnados por todas las variedades del marxismo como las doctrinas neoliberales ahora prevaletentes.

Siguiendo al filósofo *Hans Jonas* (1903-1993), discípulo crítico de Martin Heidegger, deberíamos desplegar una *ética de la responsabilidad*, tomando en cuenta los nuevos factores derivados de la gran tecnología contemporánea, que se ha transformado en un fin en sí mismo: la casi ininteligible magnitud de los efectos causados, la irreversibilidad de estos en el medio natural, el muy largo plazo en que se hacen patentes estas consecuencias, el curioso hecho de que el futuro en cuanto tal no posea un gremio que represente sus intereses en el debate político presente y el antropocentrismo de todas las corrientes ideológicas relevantes (incluido en primer término el marxismo y el neoliberalismo). Jonas prescribe una simple regla de actuación: que nuestros actos no hagan peligrar las condiciones para la permanencia de la vida y la humanidad en la Tierra (1984, pp.36, 85, 189-190, 197). La preservación del futuro de la humanidad constituye la primera obligación de cada individuo. Jonas intenta poner en claro la comunidad de destino entre la naturaleza y el Hombre: el respeto de la dignidad autónoma y la integridad de la naturaleza redundan en beneficio de la conservación de la especie humana. Se trata de una moral que no encierra ninguna condena de la ciencia y la técnica propiamente dichas, pero que propugna una clara *modestia* económica: contracción en lugar de crecimiento ilimitado, severo ahorro energético, estabilización demográfica en lugar de aumento poblacional, renuncia a la utopía social y a la concepción teleológica de la historia. La obra principal de Hans Jonas se titula *El principio responsabilidad* y es una impugnación explícita del llamado "*Principio esperanza*" de Ernst Bloch y de todo pensamiento utopista. Al mismo tiempo y preocupado por las consecuencias de la evolución tecnológica, Jonas se basa en el precepto central de *conservar* el mundo y preservar lo positivo de la historia intelectual y religiosa, y no en el ideal de *cambiar* el mundo, como lo postuló Karl Marx en su undécima tesis sobre Ludwig Feuerbach (Jonas, 1984, pp.7, 9, 32, 85).

Esto significa ir contra las normas esenciales de todas las sociedades adelantadas de nuestra época y contra los grandes dogmas contemporáneos – incluyendo el marxismo y las muchas variantes del populismo –, lo cual no es nada popular ni, me temo, factible. El gran dilema filosófico puede ser formulado así: lo verdadero y racional no es lógicamente idéntico con lo popular: en ello residen las dificultades de nuestra era de masas. Como lo señaló Herbert Marcuse, los principios de rendimiento y productividad tienden, aparte de su labor constructiva, a convertirse en metas en sí mismas, represivas e irracionales, alejadas de las genuinas necesidades humanas¹².

Lo que necesitamos a escala mundial es un espíritu crítico en la enseñanza, en los procesos decisorios políticos y en la concepción del futuro, que renuncie a ver el progreso en los índices de incremento material y de productividad; el criterio central debería ser la conciencia de que la Tierra y sus posibilidades son finitas y limitadas y que toda política responsable tendría que guiar sus pasos a la preservación de nuestro planeta, cuya biosfera se halla en un estado de precario equilibrio. Una esperanza casi utópica, pero destinada a salvar algo conocido, no a construir algo incierto.

La tarea político-social más importante del futuro será el respeto auténtico y no meramente verbal a todas las manifestaciones de la vida, aún a las más vulnerables e ínfimas, pues de todas ellas depende, en última instancia, la existencia del ser humano. El mundo no pertenece en exclusividad a una sola especie, sino a sí mismo. El Hombre, por su facultad de intervenir en los procesos naturales, no posee el privilegio de alterar el equilibrio de la naturaleza o de tratar a esta como su propiedad. Hoy en día, cuando la industrialización y la contaminación ambiental amenazan poner en peligro los principales ecosistemas de la Tierra, urge establecer clara e inequívocamente que la preservación de la naturaleza posee prioridad sobre las llamadas imposiciones del desarrollo tecnológico-industrial: *la economía debe subordinarse a la ecología*, y no al revés. Esto suena seguramente como una herejía inaceptable en tiempos modernos, pero debería ser nuestra norma de comportamiento colectivo. Hasta los ambientalistas neoliberales están totalmente a favor de forzar el crecimiento económico antes de implementar medidas que real y efectivamente protejan el

¹² Marcuse, 1968, pp.219-234.

medio ambiente. Suscribo la tesis del filósofo *Odo Marquard*: el que quiere transformar algo debe responsabilizarse por fundamentar adecuada y convincentemente la modificación; en caso contrario es razonable suponer que el *status quo* posee una razón suficiente para existir y ser respetado. La brevedad de la vida humana condiciona el hecho de que no se puede aprehender toda su complejidad ni probar todas las alternativas de cambio: la actitud sabia es de un moderado escepticismo conservador, que no hace un dogma de esta posición provisional (1981, pp.16-17, 77-78).

Hay que fortalecer en todo caso los modestos esfuerzos en pro de una humanización de la técnica. Merece especial estima el intento de difundir una “*nueva sensibilidad*” (postulado expresado muy tempranamente por Herbert Marcuse (1973, pp.78-79), que se manifiesta en la victoria de *Eros* sobre la agresividad individual y colectiva, liberando a los sentidos de aquella racionalidad instrumentalista centrada en torno de la explotación creciente de la naturaleza y del aumento compulsivo de la productividad. En el marco irrenunciable de una racionalidad global y humanista, debemos luchar para que la razón instrumental no se reduzca a ser un mero instrumento del consumismo y de la depredación medio-ambiental. Es la nostalgia por algo diferente a nuestro universo actual, expresada en la crítica del presente “mundo administrado”, tan rico en competitividad e ímpetus agresivos y tan pobre en satisfacciones y tranquilidad.

Adelantándome a reproches izquierdistas, asevero que el marxismo primigenio no consideraba el desarrollo material como el objetivo de la lucha revolucionaria, sino como un medio para llegar a una sociedad liberada, pero su estructura teórica abrió la puerta a interpretaciones menos humanistas y más centradas en torno a los criterios de desarrollo y crecimiento al postular un antropocentrismo riguroso y al considerar la evolución de las fuerzas productivas como principal motor de la historia y en sentido predominantemente positivo. Los parámetros determinantes del análisis socio-económico marxista son el capital y el trabajo, quedando a los recursos naturales la categoría de lo obvio y sobreentendido¹³. La dominación de la naturaleza por cualesquiera medios para posibilitar el adelantamiento humano conforma, por lo tanto, una premisa implícita del pensamiento marxista, lo que simultáneamente conduce a ver en la naturaleza una instancia sin derecho propio y destinada únicamente a servir de materia prima a los designios humanos. Por otra

¹³ Sobre lo absurdo de considerar la naturaleza en cuanto naturaleza Marx, 1964, pp.225-315, aquí p.286.

parte, al concebir el adelanto científico-tecnológico como un proceso exclusivamente positivo y, al mismo tiempo, al postular que la evolución de Europa Occidental sería el paradigma de evolución histórica para el resto del mundo (en un pasaje famoso del prólogo a *El capital*), Marx cerró a su teoría la posibilidad de analizar críticamente aspectos regresivos del progreso científico-tecnológico y de la violación continua de la naturaleza. Correspondió a los constructores del socialismo en la praxis el haber llevado esta tendencia hasta su última consecuencia, limitándose a la promoción del desarrollo económico-tecnológico y relegando indefinidamente la edificación del “Reino de la libertad” y la supresión de toda alienación humana. Hasta uno de los marxistas más lúcidos, *Lév D. Trozki*, en su severa crítica al stalinismo: *La revolución traicionada*, fundamentó la superioridad del socialismo en sus éxitos materiales: “[...] el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria no en las páginas del *Capital*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, del cemento y de la electricidad”¹⁴.

La fascinación que han ejercido los regímenes socialistas sobre la consciencia intelectual del Tercer Mundo no se debe tanto a una mejor oportunidad de alcanzar libertad política y justicia social, sino al hecho de que estos regímenes parecen garantizar mayor rapidez en el proceso de modernización e industrialización en sociedades periféricas. Los sistemas socialistas se han caracterizado por un modelo fallido de modernización, rico en signos superficiales, que bajo un centralismo estricto y severas restricciones al consumo de la población, fomentó una cierta acumulación de capital y logró, por ende, reproducir temporalmente algunos aspectos exteriores de la civilización occidental, postergando, sin embargo, el adelantamiento político, cultural y económico-técnico.

Como conclusión podemos echar un vistazo a la Biblia, en cuyo comienzo leemos: *Eritis sicut Deus scientes bonum et malum* (Seréis como Dios, conocedores del Bien y del Mal): Según el Génesis, estas palabras dirigió la serpiente a los primeros seres humanos en el Paraíso terrenal para incitarlos a gustar del Árbol del Bien y del Mal, que es el árbol del conocimiento. La misma frase constituyó la dedicatoria de Mefistófeles en el *Fausto* de Johann Wolfgang von Goethe a un estudiante después de haber examinado ventajas y desventajas de todas las ciencias. Y Mefistófeles añadió para

¹⁴ Trozki, 1968, p.12.- El mismo tenor posee una obra anterior de Trozki, cuando aun tenía plena confianza en el modelo soviético y no se había percatado de sus "degeneraciones burocráticas" [1924]: Trozki, 1925, p.20, 58.

sí: “[...] un día de tu semejanza divina ya te asustarás” (Goethe, 1965, vol. I, p.59). Mefistófeles se refería, evidentemente, a la posibilidad de que el desarrollo del quehacer humano, y justamente aquel influido por elementos científico-tecnológicos, pudiese conducir a situaciones nada beneficiosas para el progreso ulterior del género humano, situaciones de carácter deletéreo para la existencia misma a largo plazo. Goethe describió brillantemente esta posibilidad en su obra: *El Aprendiz de Hechicero*, ironizando los efectos producidos cuando el Hombre crea fuerzas y procesos que luego escapan a su control. Hoy nos encontramos en una situación similar.

Referencias bibliográficas

Bibliografía

Adams, W. M. (1990). *Green Development: Environment and Sustainability in the Third World*. Cambridge, EE. UU.: Routledge.

Artale, H. (1983). ¿Densidad de población o quizás densidad de problemas? *Presencia*.

Bekele, M. (1974). Contra los falsos profetas del Apocalipsis. *El Correo de la Unesco*, XXVII.

Contribuciones (1993). *Contribuciones*, X(1).

Di Natale, R. (1964). *América Latina hoy: esquemas populares demócrata-cristianos*. Caracas, Venezuela: Nuevo Orden.

Fucaraccio, Á. et al. (1973). *Imperialismo y control de la población*. Buenos Aires, Argentina: Periferia, passim.

Furtado, C. (1974). *El mito del desarrollo económico y el futuro del Tercer Mundo*. Buenos Aires, Argentina: Periferia.

Goethe, J. W. (1965). *Faust. Der Tragödie erster Teil* (Fausto. Primera parte de la tragedia) [1808]. Leipzig, Alemania: Reclam.

Gudynas, E. (1988). Ensayo de conceptualización de la ecología social: una visión latinoamericana. *Cuadernos de Ecología Social*, 1, 3-17.

Gudynas, E. (1994a). El desarrollo sustentable. *Cuadernos de Marcha*, 9(91), 24-26.

- Gudynas, E. (1994b). Los malentendidos del desarrollo sustentable. *Tierra Amiga*, 22, 50-53.
- Gudynas, E. (2001). Multifuncionalidad y desarrollo agropecuario sustentable. *Nueva Sociedad*, 174, 95-106.
- Guimarães, R. (1992). El discreto encanto de la Cumbre de la Tierra. Evaluación impresionista de Río 92. *Nueva Sociedad*, 122, 86-103.
- Hecht, S., y Cockburn, A. (1989). *The Fate of the Forest. Developers, Destroyers and Defenders of the Amazon*. Londres, Inglaterra: Verso.
- Herrera, A. O., y Scolnik, H. D. et al. (1977). *Grenzen des Elends. Das Bariloche-Modell* (Los límites de la miseria. El modelo Bariloche). Frankfurt, Alemania: Fischer, passim.
- Horkheimer, M. (1970). *Verwaltete Welt* (Mundo administrado). Zurich, Alemania: Arche.
- Jonas, H. (1984). *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation* (El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica). Frankfurt, Alemania: Suhrkamp.
- Kohlhepp, G. (1991). The Destruction of the Tropical Rain Forests in the Amazon Region of Brazil – An Analysis of the Causes and the Current Situation. *Applied Geography And Development*, 38, 87-109.
- Little, P. D., Horowitz, M. M., y Endre N. A. (comps.) (1987). *Lands at Risk in the Third World: Local-Level Perspectives*. Boulder, Londres, Inglaterra: Westview.
- Marcuse, H. (1968). Phantasie und Utopie (Fantasía y utopía). En A. Neusüss (comp.), *Utopie* (Utopía) (pp. 219-234). Neuwied / Berlin, Alemania: Luchterhand.

- Marcuse, H. (1969). *Versuch über die Befreiung* (Ensayo sobre la liberación). Frankfurt, Alemania: Suhrkamp.
- Marcuse, H. (1973). *Konterrevolution und Revolte* (Contrarrevolución y revuelta). Frankfurt, Alemania: Suhrkamp.
- Marquard, O. (1981). *Abschied vom Prinzipiellen. Philosophische Studien* (Despedida de los principios. Estudios filosóficos). Stuttgart, Alemania: Reclam.
- Marx, K. (1844). *Nationalökonomie und Philosophie* (Economía y filosofía [Manuscritos de París]). Stuttgart, Alemania: Kröner, compilación de Siegfried Landshut.
- Marx, K. (1852). Carta a Engels del 19 de agosto de 1852. *MEW, XXVIII*.
- Marx, K., y Engels, F. (1965). *Die deutsche Ideologie* (La ideología alemana). Berlin / RDA: Dietz.
- Maurer, C. (1976). Carta del Cardenal Clemente Maurer al Presidente Hugo Banzer del 1 de octubre de 1976. *Presencia*.
- Mesarovic, M. y Pestel, E. (1975). *Mankind at the Turning Point. The Second Report to the Club of Rome*. Londres, Inglaterra: Hutchinson.
- Passmore, J. (1978). *La responsabilidad del Hombre frente a la naturaleza. Ecología y tradiciones en Occidente*. Madrid, España: Alianza.
- Plaza, G. (1972). Alocución ante el pleno de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano (Estocolmo). *Américas*, 24(9), 3.
- Primer Encuentro de “Cultura, ética y religión frente al desafío ecológico”. (1989). *Ponencias*

del Primer Encuentro de “Cultura, ética y religión frente al desafío ecológico”.
Montevideo, Uruguay.

Sanabria, H. (1993). *The Coca Boom and Rural Social Change in Bolivia*. Ann Arbor, EE.
UU.: Michigan University Press.

Terrazas Urquidi, W. (1973). *Bolivia: país saqueado*. La Paz, Bolivia: Camarlinghi.

Trotzki, L. D. (1925). *Kapitalismus oder Sozialismus? Eine Betrachtung der Sowjetwirtschaft und ihrer Entwicklungstendenzen* (¿Capitalismo o socialismo? Observaciones sobre la economía soviética y sus tendencias de desarrollo) [1924]. Berlin, Alemania: Neuer Deutscher Verlag.

Trotzki, L. D. (1968). *Verratene Revolution* (Revolución traicionada) [1936]. Frankfurt, Alemania: Neue Kritik.

UNESCO. (1971). 2200 científicos se dirigen a los 3500 millones de habitantes de la Tierra (Mensaje de Menton). *El Correo de la Unesco*, XXIV.

Urquidi, A. (1964). Latinoamérica y el “crecimiento explosivo” de su población. *Praxis*, I(1), 14.

Viola, E. (1992). El ambientalismo brasileño. De la denuncia y concientización a la institucionalización y el desarrollo sustentable. *Nueva Sociedad*, 122, 139-155.

Waldmann, P. (2006). *El Estado anómico. Derecho, seguridad pública y vida cotidiana en América Latina*. Madrid, España: Iberoamericana, passim.

Ward, B., y Dubos, R. (1973). *Only One Earth. The Care and Maintenance of a Small Planet*. Hardmondsworth, England: Penguin.

Wöhlcke, M. (1987). *Umweltzerstörung in der Dritten Welt* (Destrucción del medio ambiente en el Tercer Mundo). Munich, Alemania: Beck.

Wöhlcke, M. (1990). *Umwelt- und Ressourcenschutz in der internationalen Entwicklungspolitik* (Protección al medio ambiente y a los recursos en la política internacional de desarrollo). Baden-Baden, Alemania: Nomos.